

Un europeo antifranquista

LA FAMA DE MADARIAGA

NACIDO en La Coruña, en 1886, publicó su primer libro, "Shelley y Calderón", en 1920, y precisamente en lengua inglesa. Desde entonces se dedica a colaborar en periódicos madrileños y a sus estudios literarios e históricos. Su vida política ("no era ni he sido jamás ni seré nunca político profesional", dijo en una ocasión) se inicia con la llegada de la República. Diputado en las Constituyentes por un partido autonomista gallego, embajador después en Washington y París, ocupó la cartera de Instrucción Pública en uno de los Gobiernos de Lerroux, de la que dimitió pronto, para pasar a encargarse de la representación de España ante la Sociedad de Naciones. La guerra civil le sorprende en Toledo, pero seguidamente se marcha a Oxford, abandonando todo contacto con el conflicto. En Inglaterra continúa su voluminosa y variada obra, a la vez que sucesivamente ocupa la presidencia de la sección cultural del Movimiento Europeo y del Colegio de Europa. A partir de 1972 residió en Suiza.

Su figura humana y política ha sido encarnizadamente perseguida por el régimen franquista durante su demasiada larga existencia y sus libros, prohibidos y condenados. Desde las páginas de aquella prensa se le concedieron los más terribles epítetos, y ello contribuyó, por reacción, a su cada vez más abierto antifranquismo, que puede resumirse en su "Carta abierta al general Franco" y en "General, márchese usted". Estas razones le llevaron a participar en Munich con una representación de la oposición española contra el régimen de Franco, en 1962 (el llamado "Contubernio").

Pero leyendo sus propias confesiones nos encontramos con que su actitud ante la guerra civil fue de una absoluta pasividad. Con excepción de un artículo publicado en Londres el 11 de octubre de 1936, "guardé sobre la guerra civil silencio absoluto. Mucha gente no lo entendía, pero la razón era evidente: no podía hablar en pro de los rebeldes, pues representaban una política contraria a la mía; ni por los revolucionarios, no sólo porque no estaba de acuerdo

El fallecimiento de Salvador de Madariaga ha privado a España de su escritor más famoso en el mundo cultural europeo.

Tal renombre, excesivo a todas luces por cuanto posponía a figuras intelectuales mucho más representativas, tenía su origen en circunstancias al margen de su auténtica valía literaria y cultural. Indiquemos entre ellas, en primer lugar, su declarado y combativo antifranquismo; su residencia europea; su anticomunismo visceral, muy del gusto europeo; su trilingüismo; su actitud eminentemente conservadora y su activismo en el mantenimiento de la guerra fría. Si a esto le añadimos una pluma fácil moviéndose en el mundo diplomático del viejo continente, tendremos las causas de su fama y su duradero encumbramiento.

JOSE ESTEBAN



Su declarado y combativo antifranquismo, su anticomunismo visceral, su trilingüismo, su activismo en el mantenimiento de la guerra fría contribuyeron al renombre de Madariaga.

con sus métodos, ni con los fines de algunos de ellos, sino porque además su causa no era la que decían ser y llevaban ante el mundo una máscara de democracia, que ya sabía ser máscara". Esta confesión, incluida en su libro "España", invalida otras muchas que podemos encontrar a lo largo de su caótica obra. Se suma Madariaga de este modo, con su actitud ante el más grave conflicto entre españoles, a la que algunos han llamado la "tercera España",

esa España que escondió la cabeza debajo del ala, esa España que se creyó por encima de las otras dos, de las combatientes, y que con su pasividad, llamémosle egoísta, facilitó el triunfo de una de ellas.

Por lo que se refiere a su obra, ampliamente conocida y vendida en España, a pesar o por la censura franquista, la diversidad de sus estudios y sus incursiones en casi todos los géneros existentes y por existir, la hacen de difícil catalogación y

de una casi imposible valoración con conocimiento y penetración suficientes. Casi poeta, casi novelista, casi crítico literario, casi historiador, su definición más acertada por su propia indefinición sería la de publicista. Y esto, que ha favorecido su estimación en amplias capas del mundo burgués y conservador español, le ha acarreado la casi total, o al menos cierta displicencia, del mundo crítico e intelectual. Así, para Juan Chabás, se trata de un "turista intelectual de los grandes temas, lo que no le impide hablar de todo con suficiencia". Sin citar la frase despectiva de Ortega, si queremos constatar la pobre impresión que de su obra tiene una buena parte de los escritores españoles. Para Torrente Ballester, "en sus mejores momentos es un buen escritor didáctico; en los más brillantes, nos parece, como prosista, superficial. No es un artista de la palabra, al menos en castellano". Para Valbuena Prat, "su posición... de comprensión y tolerancia... (es) más británica que hispana, por lo que sus concepciones tienen a veces el aire de bellas utopías", y la de Sainz de Robles, que nos apunta que "no cuenta con grandes entusiasmos entre los críticos españoles".

Su obra de narrador ofrece una cierta variedad temática, pero siempre destaca el pensador sobre el novelista, bien sea construyendo una utopía de sociedad actual ("La jirafa sagrada"), o contrastando, con gusto novecentista, el mundo tradicional español y el refinamiento aburguesado inglés ("Arceval y los ingleses"). Quizá su mejor novela sea "El enemigo de Dios" (1936). Aunque lastrada por un exceso de ideología y de corte un tanto unamuniano, podemos considerarla como específicamente novela. En ella el jorobado protagonista, compleja figura de hombre resentido contra la sociedad, se transforma totalmente al enamorarse de sor Luz, la hermana de la caridad que le cuida en su enfermedad y que abandona la Orden para unirse a él.

"Ramo de errores" (1952) puede resumirse en una especie de glosa del conocido poema de Campoamor, "En este mundo traidor / nada es verdad ni es



Madariaga con otros miembros de la delegación española ante la Sociedad de Naciones, en Ginebra. El segundo por la izquierda es su adjunto Luis de Zulueta.

mentra. / Todo es según el color / del cristal con que se mira". "La camarada Ana" (1954) es, según Eugenio de Nora, "el precario y casi vergonzante tributo novelesco de Madariaga a la psicosis de 'guerra fría'; no parece la obra de un intelectual de talla (como lo es su autor), sino el engendro poco menos que grotesco de un propagandista sin solvencia o incluso como tal propagandista, inhábil, por menosprecio del sentido crítico mínimo de su público".

Además de las anteriores, Madariaga ha publicado una trilogía histórico-novelesca, "El corazón de piedra verde", recurriendo a sus vastos conocimientos de historiador del Imperio español, en una más que pintoresca tentativa de reconstrucción novelada de nuestro pasado. A ésta han seguido

"Guerra en la sangre", que transcurre en la España y el México de la conquista, y "Una gota de tiempo", que sucede en el Perú del siglo XVI, el de los primeros virreyes, con drama amoroso como fondo.

Madariaga no fue tampoco un crítico literario. Sus incursiones en este campo han dado como fruto "Guía del lector del Quijote" (1926), análisis con tendencia a lo psicológico de algunos personajes cervantinos; su ensayo "Discurso sobre Melibea" (1941), bien comentado por los especialistas en el tema, y el volumen de artículos varios "De Galdós a Lorca" (1960), una reedición de escritos publicados antes de 1936.

Su labor de historiador se resiente de un tono ensayístico más que el necesario, y en todas ellas se deja ver la mano del afl-

cionado. Igualmente sucede con su serie de biografías, grandilocuentes, de héroes y conquistadores españoles. De ellos debemos destacar, en esta rápida incursión sobre algunas de sus obras, "España. Ensayo de Historia contemporánea", en el que se resumen sus apasionados afanes de explicar y explicarse España y sus problemas. Su interpretación, a veces atrayente, a veces explicativa, rayando la vulgaridad, como si estuviera pensando en lectores de otras lenguas a los que tiene que enseñar (ya dejamos reseñado su afán de didactismo) el "a", "b", "c" de nuestra geografía y nuestra Historia. Como positivo del libro cabe destacar su interés por la democracia en nuestra Patria y nuestra decidida incorporación a Europa, de cuya unidad, preciso es decirlo,

fue siempre un gran paladín.

No es este el momento de estudiar serenamente su aportación cultural al siglo XX español. Tiempo habrá para ello. Solamente hemos intentado brevemente hablar de su vida y obra con ecuanimidad y criterio, no cayendo en las desatadas loas que se han multiplicado desde el momento de su fallecimiento. No han cumplido estos periodistas y escritores al hablar de Madariaga el dicho de que sólo debemos respetar a un muerto cuando le hemos respetado en vida.

Hombre y escritor de gran vitalidad, traducida las más de las veces en facilidad peligrosa, su obra está perjudicada y lastrada por su gran dispersión. Y creemos que ningunas palabras le son más aplicables que aquellas que él dedicó a Ramón Pérez de Ayala. Hélas aquí: "Hombre culto, moderno humanista, posee un sentido sintético de la Historia y una comprensión serena del mundo y de la vida. Su actitud favorita es la del espectador. A buen seguro que no es indiferente al aspecto ético de la literatura ni frío en sus sentimientos humanos. Pero su fin no es tanto el juzgar ni el sentir como el comprender. No se apoya su crítica en preferencia alguna por escuela, cultura, nación, religión o raza... Ayala (Madariaga en este caso) observa las cosas más que las siente, y las ve más con los ojos del intelecto que con los del alma. Su mirar es, pues, no sintético y de posesión, sino sucesivo y de descripción, y maneja los objetos reales con movimientos varios, como para buscar todos los efectos y todas las luces". ■



Don Salvador de Madariaga, en compañía de su primera mujer, Constance Archibald.



Con Sánchez Albornoz, el día en que Madariaga ocupó su asiento en la Academia de la Lengua.